

CRISIS Y CAMBIO DE PARADIGMA EN LA HISTORIOGRAFIA. UNA PERSPECTIVA DESDE EL MEDIEVALISMO. (1)

Carlos Astarita

Universidad Nacional de La Plata

Un recorrido por la historiografía actual aparenta ser un viaje señalado. Se afirma que en los años sesenta y setenta reinaba el paradigma estructural-funcionalista en sus diferentes versiones, y en especial el identificado con el marxismo (2). La ruptura de esa ortodoxia dominante habría sumido a la historia en una crisis, en la búsqueda de alternativas que enfatizen la acción y la subjetividad social (3). El supuesto que encierran estas consideraciones, es que «la historia de la escritura de la historia» consiste en una sucesión de paradigmas.

El objeto de la presente contribución es cuestionar que la historia fue dominada por una ortodoxia definida. En los años sesenta y setenta, el estructuralismo marxista (o de cualquier otra vertiente) no exhibía una preponderancia, ni tampoco en la actualidad se ha abandonado la inquietud por conocer el

(1) La lecturas de Marta Madero, Laura da Gracca y Luis Alberto Romero me han proporcionado observaciones que superan la formalidad. Está más allá de la formalidad decir que los posibles errores del artículo me pertenecen.

(2) R. CHARTIER, «La historia hoy en día: desafíos, propuestas», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 28, 1995; L.A. ROMERO, «La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional», V Jornadas Inter escuelas Departamentos de Historia, I Jornadas Rioplatenses de Historia, Montevideo 1995 (mecanografiado). Este criterio es el contenido de la mayor parte de las intervenciones en C. BARROS (ed.), *Historia a debate*, Actas del Congreso Internacional 7-11 de julio de 1993, Santiago de Compostela 1995.

(3) Como lo expresa el editorial de *Annales ESC*, 6, 1989, «Il n'est pas indifférent que nombre de recherches actuelles convergent pour s'écarter des deux grands modèles qui ont dominé les sciences sociales, le modèle fonctionnaliste et le modèle structuraliste, pour se tourner vers des analyses en termes de stratégies, qui permettent de réintroduire la mémoire, l'apprentissage, l'incertitude, la négociation au coeur du jeu social» (p.1319).

funcionamiento de totalidades estructuradas, algo que no debe guardar necesariamente una relación con escuelas estructuralistas. Derivado de ello, el concepto de crisis o cambio de paradigma será cuestionado, así como también se manifestará un justificado escepticismo sobre una cosmovisión unitaria entre los historiadores. En forma conclusiva, se argumentará que la disciplina ha tenido un lento desarrollo evolutivo de gran autonomía, derivado de prácticas reproductivas no plenamente asimilables a otras ciencias sociales.

Este artículo no emana de las elucubraciones del pensamiento teórico. Es más sencillamente, el testimonio experimentalmente deducido de un examen comparativo entre las lecturas que habitualmente realiza un historiador de oficio y determinados sistemas teóricos. Si una práctica cotidiana es la base de estas reflexiones, también es el motivo que las inspira. El objeto polémico no se dirige tanto a los historiadores, que en su desenvolvimiento como tales se encuentran lejos de una adhesión incondicional a cualquier esquema paradigmático, como a la lectura que de este diagnóstico realizan algunos jóvenes colegas comprometidos en la búsqueda artificiosa de un nuevo modelo.

Estructuralismo e Historia

El nexo entre estructuralismo e historia (que en realidad se extiende a la relación más general de la disciplina con sistemas teóricos formalizados) no es deducible de la auto-representación confesada de los protagonistas en elaboraciones sistematizadas⁽⁴⁾, ni tampoco se infiere de una traslación mecánica al interior del campo de la atmósfera cultural prevaleciente en un momento dado. La única alternativa es indagar en la obra de los historiadores para examinar su estado teórico en funcionamiento. Los textos elegidos pertenecen a la historia económico-social de la Edad Media, ámbito medianamente significativo de la práctica de los

(4) Por lo que conozco, la única obra en historia económico social que se declara abiertamente por un enfoque estructuralista, es J.A. GARCIA DE CORTAZAR, *La historia rural medieval: Un esquema de análisis estructural de sus contenidos a través del ejemplo hispanocristiano*, Santander 1982, aunque los estudios concretos de este autor están más dedicados a cuestiones de organización social del espacio (influencia de la geografía humana), y en otros aspectos se aleja del paradigma estructuralista.

historiadores.

En una primera instancia, el estructuralismo se inclina por comprender los fenómenos como una totalidad, cuyas partes guardan determinadas posiciones en relación. En este sentido inespecífico, es admisible decir que la historiografía de los años sesenta y setenta ha recorrido un camino paralelo al de la escuela estructuralista.

Más allá de estas consideraciones, el problema crítico que plantea la relación de la historiografía con el estructuralismo está dado por la dicotomía entre objeto y sujeto, entre análisis objetivista y comportamiento social, entre la necesidad que implica el imperio de la ley y el espectro de opciones decisionales, entre funcionamiento estructural sin individuos y ubicación del sujeto.

Es sabido que la muerte del hombre es una consigna estructuralista surgida de una tradición lingüística y filosófica. Este procedimiento objetivista se encarnó en tres núcleos: el funcionalismo parsoniano, para el cual el individuo era una «marioneta» del proceso objetivo, el estructuralismo de Lévi-Straus que comprende al individuo como sometido a reglas sobre las que no ejerce influencia, y el estructuralismo althusseriano que entiende al individuo como simple «portador» de la estructura. Es por ello que el postulado sobre la preeminencia del estructuralismo presupone considerar la modalidad que adoptó en la escritura de la historia la dicotomía entre análisis estructural y fenomenología del sujeto.

Dinamismo de la acción social

Contrariando la premisa hoy aceptada, el estudio de las estrategias sociales estuvieron anotadas en la agenda de los medievalistas durante los años sesenta y setenta, como lo muestra la historiografía económico social medieval, área que en principio pareciera amoldable a los enfoques objetivo-deterministas.

El accionar del agente social, o su traducción colectiva, las clases, se constata en los estudios sobre el régimen dominical ⁽⁵⁾:

(5) A. Verhulst, «La genèse du régime dominiacal classique en France au haut Moyen Age», en *Agricoltura e mundo rurale in Occidente nell' alto Medioevo*, Settimane di Studio, XIII, Spoleto 1966; G. Fourquin, *Le premier moyen âge* en G. Duby Y A. Wallon, *Histoire de la France rurale*, t.1, Seuil, 1975; P. Tourbet, «El régimen dominiacal

las compras destinadas a incluir en el patrimonio señorial fuentes de excedentes comercializables, las reconcentraciones que facilitaban tareas de control, las innovaciones tecnológicas y las estrategias de gestión económica, fueron aspectos de tratamiento ineludible que traducen el accionar de los individuos en el interior de las determinaciones sociales. Todo el ámbito formativo de la clase feudal ha sido revelado por la dinámica estructurante de los señores: violencias, matrimonios, donaciones y compra-venta de heredades, constituyen un rosario de maniobras convergentes descubiertas por los historiadores.

Entre la cantidad de variables que los historiadores han hecho jugar en intersección y mutuamente condicionada, se encuentra el poder en su dimensión social. La facultad de mandar y juzgar que los señores se atribuyeron compulsivamente, y la disposición de prerrogativas privadas como fruto de la circulación de beneficios, fueron elementos constructivamente orientados a edificar las determinaciones de la sociedad feudal, en la medida en que de esto surgieron efectos en cascada, como la sujeción del campesinado, las relaciones entre miembros de la clase de poder, la transformación del habitat, el abandono de la justicia como composición familiar, el surgimiento de criterios de exclusión social, etc.

Si nos sumergimos en los elementos comunes que emergen del estudio de los ciclos seculares de crecimiento-declinación de las economías medievales, también se comprueba que la investigación histórica ha establecido el mismo papel estructurante del agente social ⁽⁶⁾. El período de reproducción extensiva de los

y las estructuras productivas en la Alta Edad Media»; IDEM, «El sistema curtense: Producción e intercambio interno en Italia en los siglos VIII, IX y X», en Castillos, señores y campesinos en la Italia medieval, trad. esp. Barcelona 1990 (tesis original, 1973); V. Fumagalli Terra e società nell'Italia Padana. I secoli IX e X, Torino 1976; J.M. Minguez, El dominio del monasterio de Sahagún en el siglo X. Paisajes agrarios, producción y expansión económica, Salamanca 1980 (investigación de los años setenta); J.A. García de Cortázar, El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII). Introducción a la historia rural de Castilla altomedieval, Salamanca 1969 y S. Moreta Velayos, El monasterio de San Pedro de Cardeña. Historia de un dominio monástico castellano (902-1338), Salamanca 1971.

(6) B.H. Slicher van Bath, *Historia agraria de Europa Occidental. 500-1850*, trad. esp. Barcelona 1974 (1ra. ed. 1959); G. Duby, *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*, trad. esp. Barcelona 1973 (1ra. ed. 1962); G.A.J. Hodgett, *Historia social y económica de la Europa medieval*, trad. esp. Madrid 1974 (1ra. ed. 1972); G. Fourquin, *Le temps de la croissance*, en G. Duby y A. Wallon, *op.cit.* t.1; G. Duby, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, trad.

siglos XI al XIII no fue comprendido como un movimiento automático de crecimiento involuntario (aunque hubo alguna preferencia hacia esa orientación) sino como el resultado del dinamismo de las clases básicas del sistema feudal: los señores ansiosos por incrementar el nivel de sus rentas por una parte, y los campesinos roturadores que en los márgenes del sistema feudal se encomendaban a una creadora actividad de nuevas áreas de civilización, por otra parte. En ello se manifiesta que la tarea de las clases sociales, condicionada por el contexto y proveedora de la dinámica procesual, no estuvo ausente de la media de los estudios del período. En esta fase de crecimiento, no sólo se vieron mecanismos variables localmente sino también modalidades de transformación surgidas del mismo proceso. La sustitución de las corveas por rentas en dinero y las innovaciones técnicas, han sido atribuidas a estrategias señoriales para enfrentar el deterioro de sus rentas en el marco de las condiciones impuestas por la actividad comercial. Ello implica que en el proceso de reproducción de las condiciones dominantes, la diligencia de los colectivos sociales ha dejado su huella modificando los condicionamientos en los que se despliega.

El mismo tipo de situación puede descubrirse para la baja edad media en la reconversión de cultivos en pastizales, en las reacciones señoriales y en las estrategias adoptadas con relación a los censos agrarios para defender los ingresos del deterioro inflacionario ⁽⁷⁾.

esp. México 1976 (1ra. ed. 1973); N.J. Pounds, *Historia económica de la Europa medieval*, trad. esp. Barcelona 1981 (1ra. ed. 1974); C. Cipolla, *Historia económica de la Europa preindustrial*, trad. esp. Madrid 1976 (1ra. ed. 1974); G. DUBY, *La société aux XIe. et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales 1988 (1ra. ed. 1953); M. Bonaudo de Magnani, «El monasterio de San Salvador de Oña. Economía agraria. Sociedad rural (1011-1399)», *Cuad. Hist. Esp.*, Li-Lii, 1970; J.L. Martín, *Orígenes de la Orden Militar de Santiago (1170-1195)*, Barcelona 1974; V.A. Alvarez Valenzuela, *Monasterios cistercienses en Castilla (siglos XII-XIII)*, Valladolid 1978; M. Postan *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*, Madrid 1981 (1ra. ed. 1973); N. Rubenstein (ed.), *Florentine Studies: Politics and Society in Renaissance Florence*, Londres 1968; G. Cherubini, *Signori, contadini, borghesi. Ricerche sulla società italiana del Basso Medioevo*, Firenze 1977.

(7). Un resumen de los estudios de los años sesenta y setenta por países en F. Seibty W. Eberhard (eds), *Europa 1400. La crisis de la baja Edad Media*, trad. esp. Barcelona 1992; H.A. Mliskimin, *Economía de Europa en el alto Renacimiento, 1300-1460*, trad. esp. Madrid 1980 (1ra. ed. 1969); H. Aubin & W. Zorn (ed), *Handbuch der deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte, I*, Stuttgart 1971; G. Fourquin, *Les campagnes de*

Es por esta actividad de los agentes, que se ha establecido que cada una de estas fases seculares se desagregan a su vez en procesos más cortos que permiten ver transformaciones de importancia en el sistema económico-social. No se impuso en este conocimiento la unidireccionalidad macro-tendencial, insensible a las alternativas de agentes particulares. En cada una de las fases se han determinado ascensos y caídas sectoriales, tanto de campesinos que se enriquecían como de otros que iban en dirección opuesta, de patrimonios señoriales que se desintegraron por gestiones desafortunadas y de otros que siguieron la curva del engrandecimiento. Estas secuencias son conocidas: élites aldeanas, caballeros, ministeriales, hidalgos pobres, jornaleros y marginados, revelan una movilidad social descubierta por la investigación, que no se encuentra en la rigidez del estructuralismo refractario a superar la fijeza taxonómica. La diferenciación tipológica entre feudalismos septentrionales y meridionales (desde hace tiempo aceptada) es un indicador adicional de la parte dinámicamente adaptativa que los individuos han jugado en cada caso, como herederos de tradiciones y condicionamientos del medio.

Esto no significa que la historia haya permanecido indiferente a concepciones de tipo estructural-funcionalista. Ello se observa en la explicación de los ciclos largos de crecimiento-decrecimiento demográfico y económico auto-regulados por un mecanismo endógeno de conservación de la estructura. Sin embargo, este modelo nació independientemente del estructuralismo.

Su punto de partida estuvo en Postan hacia principios de la década del cincuenta, y estaba destinado a responder a un doble requerimiento ⁽⁸⁾. Por una parte, a los datos que proveía la

la région parisienne a la fin du Moyen Age du milieu du XIIIe siècle au début du XVI siècle, Paris 1964; G. Bois, *Crise du féodalisme. Recherches sur l'économie rurale et la démographie au début du XIVe au milieu du XVIe siècle en Normandie orientale*, Paris 1976; S. Moreta Velayos, *Rentas monásticas en Castilla: problemas de método*, Salamanca 1974; IDEM, *Malhechores feudales. Violencia, antagonismos y alianzas de clases en Castilla. Siglos XIII-XIV*, Madrid 1978.

(8) M. Postan, «Los fundamentos económicos de la sociedad mercantil», *Ensayos...*, op. cit.

observación del comportamiento concordante de variables (demografía, ocupación del suelo, renta, productividad) y por otra parte, como respuesta a interpretaciones monetaristas, cuya tesis basada en la oferta monetaria era incapaz de explicar la evolución en tijera de los precios agrarios y no agrarios. Estos desafíos fueron respondidos por una interpretación inspirada en el manantial ricardiano-malthusiano, complementada posteriormente en algunos casos (como Bois) por una controlada dosis de marxismo. Con independencia de estos modelos, otros determinismos cohabitaron en los años sesenta, aunque su origen era tecnologista o por incidencia del factor mercado ⁽⁹⁾.

A pesar de que el patrón malthusiano revela una propensión estructural-funcionalista, no puede ser reductivamente incorporado a este esquema en la versión de los medievalistas, desde el momento en que el estudio concreto ha mostrado un generoso margen de acción para los agentes sociales. En sentido contrario, una serie de historiadores (en continuidad desde Kominski a Brenner) han rechazado en base a ejemplos fácticos contrastados, algunos de los supuestos que el modelo sostenía, priorizando por el contrario la acción transformadora de las clases, con lo cual esta situación en su conjunto, adquiere un matiz de variación que inhibe apreciar una inclinación teórica exclusiva ⁽¹⁰⁾.

En términos generales, tanto los defensores del esquema de regulación homeostática de los ciclos largos como sus objetores, no relegaron el accionar de las clases sino que lo definieron en el interior de las coacciones existentes, destacando

(9) De manera notable el tecnologismo en, L. Whitejr, *Medieval Technology and Social Change*, Oxford 1966, aunque fue más extendida la idea de relacionar causalmente la expansión feudal con los cambios técnico-productivos. La concepción smithiana de un desarrollo producto del mercado expansivo, derivada en la disciplina por herencia de Pirenne, tuvo sus cultores en los años sesenta y setenta, por ejemplo en H. Van Der Wee y T. PeetersS, «*Un modèle économique de croissance interséculaire du commerce mondial (XIIe-XVIIIe siècles)*», *Annales ESC*, 1, 1970.

(10) E. Kominski, «*Peut-on considérer le XIVe et XVe siècle comme l'époque de la décadence de l'économie européenne?*», en *Studi in onore di Armando Saporì*, trad. franc. Milano-Varese 1957; R. Pastor, «*Demografía y modo de producción feudal: acerca de las posiciones de la historiografía actual sobre el problema*», en *Revista Int. de Sociología Inst. Balnes*, 1980; T.H. Aston y C.H.E. Philpin (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona 1986.

su efecto modificador sobre la estructura; aunque en este último aspecto las explicaciones diferían entre aquéllos que sólo valoraban transformaciones de forma, y quienes atribuyeron a las clases el protagonismo del cambio estructural.

Si en los estudios macro-tendenciales no se verifica una subordinación de la historia al paradigma estructuralista, ello es mucho menos constatable en los análisis sobre la actividad de los mercaderes, un tema que ofreció la oportunidad de advertir un calculado sistema de maniobras entre las casas centrales y sus factores comprometidos en obtener beneficios comerciales ⁽¹¹⁾. Las estrategias de los mercaderes, que incluían la inversión suplementaria en tierras, las alianzas matrimoniales y las intervenciones en la política urbana, fueron morosamente descritas en estudios empíricos.

Este tratamiento se corresponde con una de las cuestiones que desvelaron a los historiadores en los años sesenta y setenta (por cierto alejada de los intereses del estructuralismo) y se refiere a la racionalidad de la conducta económica de los agentes, siendo el punto crítico de referencia el concepto de hombre económico universal. W. Kula comenzaba su teoría de la economía feudal presentando la elección productiva de un señor entre un número limitado de opciones ⁽¹²⁾. El impacto que tuvo ese estudio (uno de los pocos trabajos de economía precapitalista en estado teórico surgido de la investigación propiamente histórica) revela que se adecuaba a una búsqueda compartida durante el período ⁽¹³⁾. Si se pretende delinear algún paralelismo con sistemas teóricos, éste sería más claramente establecido en este caso con la micro-economía desarrollada en el seno de la teoría neoclásica interesada por detectar la racionalidad de las decisiones económicas.

(11) Para mencionar un estudio conocido de la década del sesenta que enfatiza este enfoque, R. de Roover, *The rise and decline of the Medici Bank 1397-1494*, Nueva York, 1966. También, M. Basas Fernández, *El consulado de Burgos en el siglo XVI*, Madrid 1963; H. Lapeyre, *Une famille de marchands. Les Ruiz. Contribution a l'étude du commerce entre la France et l'Espagne au temps de Philippe II*, Paris 1955.

(12) W. Kula, *Teoría económica del sistema feudal*, trad. esp. Buenos Aires 1973.

(13) Recordemos un análisis paralelo desde otra perspectiva en M. Godellier, *Racionalidad e irracionalidad en economía*, trad. esp. México 1974 (1ra. ed. 1966).

Ese conjunto de regularidades accionalistas observadas, se presentaron con un elevado margen de relativismo en la medida en que han sido siempre modificadas por la desviación particular. La práctica de los historiadores, sujeta a los documentos, no se ha dejado encerrar por la perspectiva unívoca de un modelo, hecho que se constata en las reiteradas objeciones a librarse a una uniformidad abarcativa. Destacando esta esfera de acción estructurante de las clases en estudios macro-tendenciales, destacamos también el alejamiento de un parámetro analítico, el estructuralismo, que había elevado la anulación del individuo a condición fundante de la teoría social.

El tratamiento del sujeto

El estudio de actividades transformadoras de los sujetos en las luchas sociales fue una orientación que cohabitó con los análisis sobre larga duración ⁽¹⁴⁾. Sería realmente riesgoso decir si alguna de esas dos ramas de la disciplina logró por entonces la delantera en la captación de audiencias; todo parece indicar que

(14) Cronológicamente ordenadas, algunas obras notables muestran tres décadas de continuidad sobre el problema: J. Vicens Vives, *Historia de los remensas (en el siglo XV)*, Barcelona 1978 (1ra. ed. 1945); E.A. Thompson, «Peasant Revolts in Late Roman Gaul and Spain» *Past & Present*, 2, 1952; J. Legoff, (ed.), *Herejías y sociedades en la Europa preindustrial, siglos XI-XVIII*, trad. esp. Madrid 1987, (Coloquio de Royaumont, 27-30 de mayo de 1962); M. Mollat y Ph. Wolf, *Uñas azules jacques y ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, trad. esp. Madrid 1980 (1ra. ed. 1970); J. Pérez *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)*, trad. esp. Madrid 1971 (1ra. ed. 1970); Ph. Wolf, «The 1391 Pogrom in Spain: Social Crisis or Not?», *Past and Present* 50, 1971; V. Rutemberg, *Movimientos populares en Italia (siglos XIV y XV)*, trad. esp. Madrid 1983 (1ra. ed. ital. 1971); J. Macek, *La revolución husita. Orígenes, desarrollo y consecuencias*, trad. esp. Madrid 1975 (1ra. ed. 1973); R. Hilton, *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, trad. esp. Madrid 1978 (1ra. ed. 1973); J.I. Gutierrez Nieto, *Las comunidades como movimiento antiseñorial*, Barcelona 1973; H.A. Landsberger (ed), *Rebelión campesina y cambio social*, trad. esp. Barcelona 1978 (1ra. ed. 1974); J. Valdeon Baruque, *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Madrid 1974; P. Dockes, «Revoltes bagaudes et ensauvagement ou la guerre sociales en Gaule», en *Sauvages et ensavages*, Lyon 1980, PUL 19; J.L. Romero, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*, México 1980; G.E.M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age to the Arab Conquests*, New York 1981; E. Sarasa Sanchez, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón. Siglos XIII-XV. Estructuras de poder y conflictos de clase*, Madrid 1981.

se trató más bien de una equilibrada coexistencia, hecho adicional que indica la ausencia de una ortodoxia dominante.

En esa prestigiosa dinastía de estudios sobre movimientos sociales, la acción y la subjetividad se encuentran sobre-expuestas en detrimento de la estructura, que no se presenta más que como un escenario sobre el que se despliega el drama. De manera característica, el abordaje que se ha realizado de los movimientos sociales enfatiza la esfera de lo conciente y de la praxis, que se introducen en el discurso tras un introductorio compromiso de contextualización. En los ejércitos campesinos o en los motines urbanos, tal como nos han sido transmitidos por el descriptivismo minucioso de los historiadores, encontramos la preeminencia del sujeto entendido como colectivo. Las relaciones jerarquizadas se esfuman en la transgresión del ordenamiento constituido y la coacción se resuelve en el enfrentamiento entre clases. El sujeto emerge aquí como realización de la libertad alcanzada en su oposición a la estructura. Incluso, más allá del coto medieval, autores como Rudé, Hobsbawm y E.P. Thompson, ofrecían una renovada atención hacia el accionar conscientemente orientado y calculado de los movimientos colectivos, introduciendo conceptos como el de «economía moral» de la multitud.

A primera vista, este panorama tan distinto de obras dedicadas a la larga duración estructural y otras sobre puntuales movimientos sociales, puede ser confundido con un estado caótico. Pero en realidad, responde a un ordenamiento muy preciso. Los historiadores, ligados a su empirismo irrenunciable, han seguido en su práctica cognoscitiva el movimiento de la totalidad: la primacía alternada que en el discurso historiográfico se otorgó a las condiciones objetivas o al accionalismo de las clases, reproduce en el plano del conocimiento la alternancia de la prioridad de uno de los polos de la contradicción objeto-sujeto, que no existen en la realidad en equivalencia, sino como negación recíproca. Por eso, su tratamiento historiográfico no es un derivado de una toma de posiciones apriorísticamente teóricas.

La incursión por los estudios de movimientos sociales, permite enumerar las siguientes proposiciones derivadas:

a) Si la oposición objeto-sujeto es una contradicción del movimiento real que la historiografía se limitó a seguir, no existe entonces antinomia entre estudios macro-históricos y

descripciones de circunstancias conflictivas.

b) El análisis en la disciplina es, por consiguiente, situacional y específico.

c) Los historiadores han revelado no sólo las condiciones de emergencia de las luchas sociales, su forma inconfundible en cada área de estudio, sino también sus efectos sobre la evolución estructural (donde se han destacado los historiadores marxistas ingleses)⁽¹⁵⁾. Esta dialéctica que surge de la investigación debería retenerse antes de aceptar un efecto unidireccional estructuralista.

La relación sujeto-objeto en el tratamiento historiográfico.

De alguna manera, el tratamiento que los historiadores han realizado de la acción colectiva en el interior de los condicionamientos estructurales, tiene puntos de contacto con la conceptualización que han realizado teóricos como Bourdieu y Giddens. En Bourdieu hay una homologación entre el plano de la realidad objetiva y el de las estructuras subjetivas, tomando la concepción de agente como interiorización de la objetividad no controlada racionalmente. El agente social, provisto de una racionalidad práctica por interiorización de las condiciones en que está inmerso, tiene comportamientos que obedecen a regularidades formando configuraciones coherentes y socialmente inteligibles⁽¹⁶⁾. Ello presupone rescatar la actividad del agente que se desarrolla en sentido estructurante, según indicó Giddens⁽¹⁷⁾. Este último autor exhibe una serie de conceptos que eluden al sujeto trascendente, recurriendo a la «conciencia práctica» (que distingue de la conciencia discursiva y de lo inconsciente) entendida como gama de destrezas para continuar en los

(15) Como lo indicó H.J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, trad. esp. Univ. de Zaragoza 1989.

(16) P. Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid 1991; P. Bourdieu y L.J.D. Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México 1995.

(17) A. Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, trad. esp. Buenos Aires 1995.

contextos de la vida social, concepto ligado al de rutinización, que otorga la naturaleza recursiva a la vida social. La estructura es tanto constrictiva como habilitadora de la acción.

Estas formulaciones de autores que eludieron la prioridad del objetivismo estructuralista, se encuentra en estado de funcionamiento en los trabajos históricos sobre la macrodinámica estructural. El resultado es que el agente, como colectivo, reaccúa sobre las condiciones produciendo modificaciones que son la base del movimiento estructural. Las clases pueden incidir con mayor o menor eficacia sobre los condicionamientos sistemáticos, de acuerdo a los encuadramientos institucionales, las fuerzas sociales actuantes, las estrategias elegidas. Es por ello que el rescate del concepto de agente que han realizado los teóricos citados, está en correspondencia con lo que en estado no formalizado han logrado descubrir los historiadores.

El concepto de agente, en la medida en que presupone la conciencia práctica (lo «práctico inerte» en lenguaje sartreano) la actividad reproductivista de las condiciones de existencia y la prioridad estructural, niega al sujeto, aunque implica su potencialidad. Recíprocamente, el sujeto, en tanto toma de posiciones racionalmente concebidas de alteración del entorno inercialmente aceptado, es la negación correspondiente del agente como tal, y con ello de las condiciones objetivas asimiladas. El agente social con su actividad cotidiana, fija (modificando) las estructuras; pero al mismo tiempo es también la posibilidad de trascenderla. Esta conversión del agente en sujeto puede darse de manera incompleta o plenamente desarrollada. En el primer caso, como establecimiento de proyectos transformadores. En el segundo caso, como protagonismo absoluto del sujeto, que actúa como colectivo alterando las condiciones del entorno. Es por ello que la cotidianidad (o la experiencia de vida) es contradictoriamente, un mecanismo de dominación y de acumulación revolucionaria (conclusión que se opone a la tesis sesgada de E.P. Thompson) ⁽¹⁸⁾. Cuando el sujeto se constituye,

(18) Cfr. V. Kiernan, «Problems of Marxist History», *New Left Review*, 161, 1987, p. 110.

cuando se da la ruptura con el poder del entorno, cuando el agente renuncia al orden de las cosas convirtiéndose en sujeto, el movimiento de las estructuras queda por completo relegado. Entonces, todo es acción y subjetividad, y aflora el predominio discrecional de la voluntad.

De la dialéctica del movimiento real, que presenta alternativamente la primacía de la estructura o del sujeto (o formas intermedias en esferas particulares, como por ejemplo la conformación potencial del sujeto en situaciones de primacía básica del agente) deriva la dualidad de las ciencias sociales entre los enfoques sistemático-estructuralistas y los fenomenológicos subjetivo-accionalistas. Cada uno de ellos se corresponde básicamente con momentos diferenciados de desarrollo de la totalidad (o de algunos de sus campos particulares) y ello condiciona la elección de enfoque del investigador. Por ello, no puede haber otra perspectiva que un posicionismo metodológico, perspectiva que en su conjunto adoptó la historiografía, y que deriva de una disciplina atada al seguimiento del estado real. Nada deberíamos lamentar de este situacionismo, en la medida en que cada tema exige un enfoque particular, una modalidad de tratamiento y hasta una retórica propia.

De hecho, la dicotomía objeto/sujeto fue presentada por la historiografía como polaridades excluyentes, reproduciendo el movimiento de la realidad. Puede verse esta oposición en las fases largas de reproducción de las condiciones de existencia y en las situaciones (cortas) de crisis orgánica, cuando las clases oprimidas logran poner entre paréntesis la reproducción social. Sin embargo, cada fase larga de reproducción sistemática, donde los agentes reproducen esas condiciones históricamente dadas, modificándolas relativamente, son también fases de configuración de las condiciones emergentes del sujeto. El campesino medieval que acepta con docilidad aparente el orden de las cosas que le son impuestas, puede adoptar en otros aspectos elaboradas actitudes para evitarlo. Estas acciones dirigidas, en las que se elude el movimiento reproductivo inherente a la conciencia práctica, son condicionantes de la emergencia del sujeto. Por ello, la conceptualización del agente no es unívoca, implica también la potencialidad de su trascendencia, el principio de su

afirmación como individuo en disponibilidad de realizar plenamente sus facultades.

Tomando en consideración estas manifestaciones de lo real que el historiador reprodujo, constatamos que el mapa de la historiografía presenta una gran variedad de enfoques que no es posible subsumir en un solo discurso englobante.

Los rincones del estructuralismo

Este panorama ricamente contrastado, de ninguna manera pretende ignorar que algunos rincones de la disciplina fueron más fertilizados por la corriente estructuralista, como fue el caso del parentesco o la apertura del espacio de lo simbólico.

Como sub-especialización de la historia social, las relaciones de parentesco imponen una consideración particular, debido a que en este tema se detectan algunas de las excepciones notables por aplicación del esquema de Lévy-Strauss. Consistió en subordinar las estrategias de parentesco implementadas por la clase feudal a la norma de prohibición universal del incesto, determinando una exogamia absoluta y un intercambio geoméricamente equilibrado de mujeres, sistema del que se derivaban las formas de transmisión patrimonial, la constitución del linaje, y el establecimiento de redes vasalláticas (consideradas como la expresión simbólica de las relaciones parentales)⁽¹⁹⁾. En estos patrones, cuya virtud fue tratar de encontrar un ordenamiento comprensivo de las pautas matrimoniales, se observan dos elementos críticamente evaluables de orden estructuralista. En principio, la primacía de una regla universal, la prohibición del incesto, que existiría en el inconsciente y sobre la que el individuo no tiene reacción. En segundo lugar, el esquema independiza las relaciones de parentesco de la lógica económico-social reproductiva.

Pero estos modelos sólo afectaron muy parcialmente a esta fracción del conocimiento, y en verdad, han sido mirados con desconfianza por los historiadores. El derrotero que siguió

(19) J. Le Goff, «Le rituel symbolique de la vassalité», en *Pour un autre Moyen Age. Temps, travail et culture en Occident: 18 essays*, France 1977.

el ensayo del más claro exponente de esta orientación, Ruiz Domenec, quien tradujo la genealogía de la nobleza catalana en sintaxis lévi-straussiana, señala su moderada repercusión⁽²⁰⁾. Comenzando por su propio país, España, donde los historiadores se inclinaron por las interpretaciones de A. Barbero y M. Vigil, quienes hacían una lectura de los documentos altomedievales influenciada por el evolucionismo morganiano unido a un comparativismo tomado de Frazer⁽²¹⁾. Fue por el contrario, un esquema más aceptado por los historiadores franceses, con una preparación superior para ser receptivos al lenguaje estructuralista. Sin embargo, el esquema de intercambio entre grupos pautado por normas trans-históricas fue abandonado desde los fundamentos de sus verificaciones empíricas. Las evidencias han orientado a los investigadores a descubrir estrategias de matrimonio y alianzas de acuerdo a relaciones de poder, sistemas de propiedad o de herencia y tradiciones institucionales⁽²²⁾. En las estrategias de los agentes en búsqueda de asegurar la reproducción social, el individuo no ha sido presentado como un ser pasivo y cuidadoso de una regla universal.

Las representaciones ideológicas sólo reconocen un contacto tangencial con postulados estructuralistas. Sobre la ideología de los tres órdenes, por ejemplo, no interesa tanto marcar en los estudios realizados la permanencia temporal de una mentalidad (descubrimiento de Dumézil -quien aún cuando presenta concordancias con el estructuralismo no pertenece a la generación de la escuela-) como la oportunidad en que se enuncia y sus efectos en la organización social. Ello se relaciona con el rol de la iglesia en la estabilización de las relaciones feudales, que ha sido investigada en sus prácticas discursivas

(20) J.E. Ruiz Domenec, «Sistema de parentesco y teoría de la alianza en la sociedad catalana (c. 1000- c. 1240)», en A. Firpo (ed.), *Amor. Familia. Sexualidad*, Barcelona 1984.

(21) A. Barbero y M. Vigil, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona 1978.

(22) Dos estudios reflejan este recorrido, R. Le Jan, *Famille et pouvoir dans le monde franc (VIIe-Xe siècle)*, Paris 1995 y I. Beceiro Pita y R. Córdoba de la Llave, *Parentesco, poder y mentalidad. La nobleza castellana. Siglos XII-XV*, Madrid 1990.

y no discursivas, enfoque que nuevamente resalta la independencia de la disciplina alejada del reductivo ámbito del estructuralismo lingüístico o del interaccionalismo conversacional de la etnometodología actual ⁽²³⁾.

En términos generales, las elaboraciones de los años sesenta y setenta en el área de historia cultural o de las ideas, fueron variadas y divergentemente características, teniendo como fuente de inspiración tradiciones propias.

En la apreciación hoy consensuada, se sostiene que el estructuralismo marxista fue especialmente influyente en la historiografía. Sin embargo, el tono altamente abstracto-formal de Althusser, Balibar o Poulantzas, ha sido de difícil comprensión por los historiadores⁽²⁴⁾, y en verdad, extraño a sus pautas de trabajo. El aporte más consistente del althusserianismo fue poner en circulación una serie de conceptos (rescatados del marxismo y del leninismo) en especial, el de formación económico social como combinatoria de modos de producción en una totalidad social, el de dominancia de la instancia político-ideológica bajo determinación infraestructural en sistemas precapitalistas y el de instancias con temporalidades diferenciadas. Estos aportes (cuya importancia no debe pasarse por alto) fueron a veces tomados como repertorio conceptual contribuyendo a una lectura de la totalidad en forma de sistemas jerarquizados. En menor medida, dieron pie a un ordenamiento epistemológico más incisivo ⁽²⁵⁾.

(23) G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, France 1978; Th. Bisson, «The Organized Peace in Southern France and Catalonia (c.1140-1223)», *American Hist. Rev.* 82, 1977; H.E.J. Cowdrey, «The Peace and The Truce of God in the Eleventh Century», *Past and Present* 46, 1970; K. Kennelly, «Sobre la paz de Dios y la sagrera en el condado de Barcelona (10310-1130)», *Anuario Est. Med.*, 5, 1968.

(24) Estas dificultades están expuestas por A. Guerreau, intervención, en C. Barros (ed), op.cit., t.1, pp. 74 y ss.

(25) Por ejemplo, el esquema de Chr. Wickham «*The Other Transition: From the Ancient World to Feudalism*», *Past & Present* 103, 1984, influenciado por el althusserianismo de B. Hindess y P. Hirst, *Los modos de producción precapitalistas*, trad. esp. Barcelona 1979. En menor medida, se encuentra la influencia de la escuela althusseriana en P. Kriedte, H. Medick y J. Schliumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, trad. esp. Barcelona 1986 (1ra. ed. 1977). De todos modos, el aporte de estas obras citadas radica más en el profundo conocimiento de situación, que en la contribución estructuralista.

Sin embargo, los historiadores no han participado del contenido general althusseriano, y ello por efecto de un punto de partida diametralmente opuesto. Mientras esa escolástica marxista partía de conceptos (generalidades I,II), los historiadores han partido del estudio de los documentos rechazando de hecho una hiper-teoría desligada de la manipulación factual. Estos basamentos divergentes condicionaron trayectorias discursivas mutuamente excluyentes entre la historia y el estructuralismo marxista. Es por esto que a pesar del empleo limitado de algunos conceptos, en sentido estricto, y en la medida en que un uso categorial no define la pertenencia a una escuela, ni la determinación del maestro del estructuralismo marxista, ni su intencio auctoris, son reconocibles en la escritura de la historia.

El conocimiento empírico

La historiografía no se sometió a un esquema estructuralista dominante más que en parcelas reducidas del conocimiento. No sólo puso de manifiesto la reacción social ante la coacción del entorno sino también las formas en que los movimientos sociales trascendieron el condicionamiento estructural. La resolución práctica otorgada por la historiografía a la dicotomía clásica de las ciencias sociales se ha situado pues, en un nivel en parte coincidente pero también diferenciado de la resolución aportada por científicos como Bourdieu y Giddens. Si ello fue un resultado del seguimiento de la realidad, es también explicable por la tradición de la disciplina.

Este problema plantea el del grado de autonomía de la historia. Si ninguno de los próceres estructuralistas (Lévi-Strauss, Lacan, Althusser, Barthes y Foucault) se encuentran plenamente representados en el discurso historiográfico, tampoco lo estuvieron sus contradictores del momento, que se obstinaban en recordar la existencia del sujeto, como Lewis, Sartre, Sève, Garaudy o Monod. Mucho menos podría pensarse en una incidencia determinante de la ortodoxa academia marxista de la URSS (despreciada), ni del marxismo sistemático de la teoría crítica de Horkheimer y Adorno, ni del marxismo analítico posterior, ni por último, de la versión radicalizada del

«giro lingüístico». Aunque estos nombres pudieron haber aportado su cuota en el bagaje cultural de los historiadores (26)

Esto es significativo, y está condicionado por el punto de partida de la actualidad historiográfica, que evaluada por sus obras significativas, ha sido el resultado de un despegue de dos caras: de superación del positivismo otrora dominante por una parte, pero conservando al mismo tiempo la base de conocimiento empírico por otra parte. Es por ello que la argumentación de los historiadores continúa comprometida con el estudio de las evidencias documentadas. Se da de esta manera una fisonomía distintiva de la disciplina en el interior de las ciencias sociales, y ello plantea una especificidad genética con, por ejemplo, la sociología. Mientras que el nacimiento de la historia académica estuvo signada por la tarea erudito-documentalista, los padres fundadores de la sociología (Durkheim, Weber, Marx) tuvieron una preocupación inicial teórica.

Esta fuerza de la evidencia empírica, documental, vuelve a presentarse ante cada generación de historiadores, que preserva la parte positiva del positivismo. Se conserva por la autoridad de los libros, por las tradiciones transmitidas en cada unidad académica (clases teóricas, prácticos, seminarios, direcciones de tesis), por los requisitos para graduación y publicación, y se ha fijado como norma inviolable de reproducción dentro del campo. Ello es condicionante. El empirismo sigue vigilando la audacia de las hipótesis y todos

(26) Quisiera llamar la atención sobre la importancia que pudieron haber tenido esas porciones de cultura despreciadas o caídas en el olvido a la hora de evaluar aportes formativos. J. Lewis propició un acercamiento desprejuiciado hacia Weber desde el marxismo; Monod se enfrentó en una polémica despareja con formulaciones construir una teoría de la personalidad desde la sexta tesis de Feurbach; la contribución de Sartre hacia un entendimiento mediado de la constitución de la subjetividad debe ser incluido para dar cuenta de una atmósfera intelectual no resignada al reinado absoluto del determinismo; la figura de Garaudy parece ser en cambio de menor entidad, por sus debilidades filosóficas, por su propuesta de un humanismo insulso, por su preocupación por salvar compromisos políticos inmediatos. El marxismo de academia de la URSS también tuvo su parte, en la medida en que constituyó muchas veces la lectura de iniciación de la adolescencia política y sociológica. Este balance precario e irremediamente subjetivo por su origen autoreferencial, puede alertar sin embargo sobre el hecho de que autores desplazados de la atención central en algún momento, pudieron haber tenido una mayor contribución a un fondo cultural del historiador, que otros, como el oscuro doctor Lacan, casi inaccesible para los historiadores.

los miembros de la cofradía estamos comprometidos en desautorizar las formulaciones no comprobables. Es la forma en que se custodia la peculiaridad de la disciplina y en que reproducimos nuestras condiciones de existencia académica. Esta situación determina que cada nuevo historiador tenga como única alternativa para lograr el reconocimiento de sus pares, repetir el trayecto que la disciplina ha comenzado a recorrer desde los comienzos del siglo XX: de la indagación empírica a la interpretación. Todo combate contra las tendencias anti-teóricas es siempre conducido desde los fundamentos documentalistas, el único camino para su validación en el gremio.

Pero al mismo tiempo, el hecho de no tomar como punto de partida plataformas metateóricas sino la realidad, ha dado a los historiadores una especial pericia para aplicar enfoques alternativos o combinados ante situaciones objetivas cambiantes. Es así explicable la variedad de modalidades que se han generado, que no son en realidad incompatibles, sino complementarias, como lo revela el tratamiento especial que se ha otorgado en la disciplina a la dicotomía entre objeto y sujeto. De la misma manera, otros maniqueísmos tienen la posibilidad de superarse, como el que se expresa en micro y macro-historia: el estudio de la familia carolingia, por ejemplo, es una pieza clave para comprender la dinámica estructural del período ⁽²⁷⁾.

Fueron esas necesidades de interpretación de las evidencias factuales en un paulatino pronunciamiento de ruptura con el empirismo, lo que llevó también a que los historiadores buscaran vinculaciones con otras disciplinas mucho antes de que eso se hiciera habitual en las ciencias

(27) La hipótesis de R. Coleman, «*L'infanticide dans le Haut Moyen Age*», *Annales ESC* mars-avr. 1974 acerca de sobre-mortalidad de niñas y que inspiraba una visión minimalista del movimiento estructural, ha sido rebatida por la contribución de P. Tourbert, «*Le moment carolingien (VIII-Xe siècle)*», en AAVV, *Histoire de la famille* (I) Paris 1986, condicionando una visión maximalista, *vid.*, IDEM, «*La part du grand domaine dans le décollage économique de l'Occident (VIII-Xe siècles)*», en *La croissance agricole du haut Moyen Age. Chronologie, modalités, géographie*, Flaran 10, 1988. Sin embargo, no deberíamos pasar por alto, que en su inclinación auto-suficiente, en la renuncia a incluir el estudio puntual en contextualizaciones más comprensivas y en el tratamiento de cuestiones irrelevantes, la micro-historia ofrece muchas veces, fundamentados blancos de crítica.

sociales. La interpretación de las palabras es un ejercicio inherente de los medievalistas heredado de la erudición alemana, constituyendo una especialización que se afirmó con anterioridad a las preocupaciones filológicas del estructuralismo lingüístico. Postan o Kula, con su fuerte interés por la teoría económica, se abrían a los estudios interdisciplinarios en los años cincuenta y sesenta, de la misma manera que lo hacía Guriévich vinculando la historia con la antropología. La geografía humana concurre en apoyo de los estudios históricos regionales, y hasta cierto punto contribuyó mucho más que el estructuralismo a modelar su fisonomía. Esta búsqueda de apoyos surgió de necesidades de la propia disciplina y se subordinó a la función directriz de la encuesta documental.

Estas observaciones permiten indagar sobre el tipo de nexo que establece la disciplina con sistemas formalizados. En verdad, la función de estos sistemas ha sido contestar requerimientos que surgen de la investigación de los historiadores. No son reflejados por los miembros del oficio en actitud de reverencia canónica (la corporación descalifica esas iniciativas) sino en forma receptivamente abierta y dialogal, donde el aporte de los padres fundadores de la teoría social o de sus recientes expositores, está supeditado a los requerimientos que imponen las problemáticas de investigación. La despreocupación general que se exhibe en la disciplina por el rigorismo teórico y la oscilación terminológica en relación a definidos sistemas conceptuales, evidencian la naturaleza de este vínculo. De alguna manera, el eclecticismo, no entendido como combinación polimorfa y anárquica de proposiciones superpuestas sino como una recepción selectiva de porciones de la teoría social adaptables a los requerimientos del eje empírico, ha sido una constante de la escritura de la historia. Estas consideraciones se extienden al vínculo establecido con el marxismo, un torrente que impulsó el pensamiento creativo de una minoría de historiadores.

Es por ello que la «traslación» de un sistema teórico general al discurso del historiador se presenta siempre elusiva y distanciada, en estado de funcionamiento sólo a medias. Por el contrario, ciertos parámetros del área particular de la disciplina condicionaron mucho más intensamente su desarrollo.

Un ejemplo es el esquema de organización feudo-vasallática, cuya reformulación en el sentido de priorizar el dominio político fue un logro de investigaciones específicas de los historiadores. A través de ellas, éstos se acercaron cautelosamente a concepciones sobre relación explotativa (marxista) o patrimonialismo (weberiana), sin reconocer una dependencia directa de estos sistemas teóricos. Fue la fuerza demostrativa de las investigaciones la que llevó a un primer plano esta cuestión, llamativamente, en el mismo momento en que el campo de lo político era objeto de polémicas cruzadas en las ciencias sociales con figuras como Poulantzas, Miliband y Olin Wright, que sin embargo, no ejercieron ningún impulso decisivo en este desarrollo.

Modelos ejemplares

Esta prioridad documentalista se encuadra en coordenadas marcadas por modelos ejemplares ⁽²⁸⁾. Derivado del empirismo, el vacío de sistemas teóricos acabados ha sido ocupado por obras consagradas por la estimación consensualmente aceptada de sus pares, que fijaron un campo de cuestiones, un enfoque, un arsenal de conceptos ordenadores y hasta una modalidad expositiva. Es por esto que una evaluación promedio de las adquisiciones historiográficas puede lograrse mediante el estudio de algunas obras claves, tras las cuales se alinea la media de la práctica de los historiadores ostentando grados diferenciados de creatividad.

De manera notable, ninguno de los autores que marcaron caminos en la investigación ofreció lo que realmente pueda llamarse un sistema formalizado, ni tampoco floreció desde el interior de la disciplina un laboratorio teórico puro, ni una teoría construida sobre teoría (al estilo de su consolidada presencia en otras ramas de las ciencias sociales). Las sistematizaciones que engendraron los historiadores exhiben una abismal diferencia de calidad comparadas con los superiores estudios que esos mismos historiadores han logrado como practicantes del oficio, como lo muestran los casos de Le Goff y E.P. Thompson proponiendo (en

(28) El concepto está extraído de T. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. esp. México 1977, quien lo aplica para las ciencias naturales.

expresión gramsciana) una lamentable «filosofía de no filósofos». Es por esta vacilante capacidad teórica que exhiben los trabajos guías de la disciplina, que sus seguidores se permiten reproducir más bien una predisposición de enfoque derivado de esos autores que una sistemática de orden conceptual.

A partir de estas premisas, se constituye el mecanismo reproductivo del arte, que se percibe en el sistema de monografías. La experiencia indica lo siguiente: Quienes realizan algún tipo de obra ejemplar en la historia se dedican a una trabajosa elaboración, que incluye la formulación de hipótesis, la consulta en ciencias vecinas y una arquitectura de representación meditada. Si el gremio reconoce mayoritariamente la cualidad del resultado (y el maestro goza de un predicamento institucional) ese capo lavoro se transforma en una obra ejemplar. A continuación, los seguidores del estudio modelo encuentran todos los pasos de la investigación ya elaborados (desde las hipótesis al ordenamiento expositivo). Sólo les resta elegir un caso no tratado, pero análogo al de la obra ejemplar, e invertir su tiempo en una encuesta documental direccionalmente prefijada. Para los acólitos de la obra ejemplar, todo esto representa una ventaja comparativa en la competencia académica, como ser, una labor más descansada y un resultado más rápido, que permitirá (si los dioses son generosos) el pronto ingreso del nuevo artesano al gremio académico. En esta modalidad reproductiva se consolida la indigencia teórico argumentativa de legiones de historiadores en degradación hacia el positivismo; el peso de este lastre lentifica muy gravemente la evolución de la disciplina. Estos tiempos diferenciados de inversión en trabajos intelectuales empleados en la obra ejemplar y en las de sus seguidores, se traducen en los valores científicos también diferenciados de cada una de las obras.

De todos modos, y aún cuando esta ubicación cartográfica permite diferenciar entre obras guías y sus linajes, se impone abrir una sub-categoría de estudios, que aún siguiendo muy de cerca las pautas marcadas por el modelo ejemplar, se distinguen de la masa pasivamente repetitiva por una elevada cuota de creatividad.

No costará reconocer entonces que la historiografía ha tenido un sólido desenvolvimiento autónomo, debido a una tradición asentada y a la reiteración de prácticas que le son

inherentes. Si en la disciplina ha dominado algún paradigma (normas y valores compartidos) fue la ortodoxa prioridad documentalista y la inclusión personal en el interior de algún linaje, que ha conducido a la disciplina por unas coordenadas sólo tangencialmente coincidentes con islotes estructuralistas.

Un ejemplo a contrario nos ilustra sobre esta especificidad. Radica en la sociología histórica, una rama del conocimiento que, a primera vista parece muy cercana a la historia. Sin embargo, la sociología histórica, construida en base a modelos weberianos, marxistas o smithianos (que admiten combinaciones diversas) conlleva una preocupación teórica fundante, simétricamente paralela a su despreocupación documental, guardando una analogía sólo formal con la historia. La diferencia se evidencia, por ejemplo, con Wallerstein, portador de una racionalidad del sujeto perfectamente constituida a partir de una lógica de costes-beneficios sin alteraciones temporo-espaciales, inscripta en un determinismo de mercado que configura el movimiento de la historia como una invariante de la contradicción centro-periferia ⁽²⁹⁾. Mann es otro exponente visible de las diferencias de tratamiento con la historiografía, al situar su punto de partida en un esquema weberiano apenas modificado. Dicho esto, algunos representantes de esta orientación, como Anderson o Wallerstein, han desempeñado un papel de interrogación hipotética desafiante y provechosa para los historiadores ⁽³⁰⁾.

Es así como la disciplina ha recorrido su propio camino de superación paulatina del positivismo, abriéndose en múltiples direcciones. Esta autonomía condujo a que problemas que se comenzaron a plantear a comienzos de

(29) I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo, 1600-1750*, trad. esp. Madrid 1984.

(30) Por ejemplo I. Wallerstein influenció en F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII, t.2, Los juegos del intercambio*, trad. esp. Madrid 1984; y más en general, se observa su desafío en el congreso del *Ist. Intern. Storia Econ. Datini 10, Sviluppo e sottosviluppo in Europa e fuori d'Europa dal secolo XIII alla rivoluzione industriale*, Firenze 1983. Las adhesiones y rechazos que produjo Wallerstein entre los historiadores, están representados respectivamente por M. Aymard, «L'Europe Moderne: Feodalité ou feodalités?», *Annales ESC*, 3, 1981 y R. BRENNER, «The Origins of Capitalist Development: a Critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review* 104, 1977.

los años cincuenta sigan tratándose en la actualidad. Uno de ellos es la dinámica estructurante de los agentes sociales en la constitución del feudalismo, cuestión que compromete la conceptualización de la temprana Edad Media. Es la problemática de la llamada mutación del año mil, inaugurada por Duby, y que se perpetúa como marco referencial de distintos estudios. Posiblemente nada marque más la autonomía de la historiografía que esta cuestión. Iniciada en el interior de la especialidad, y abarcando temas muy clásicos del medievalismo como el final de la esclavitud, tuvo un recorrido paralelo e independiente con respecto a las distintas tendencias que predominaban en el ambiente cultural, y se perpetúa hasta la actualidad revalorizándose, de hecho, un análisis macro-tendencial, donde los argumentos se dirimen en controversias de expertos documentalistas ⁽³¹⁾. Lo mismo puede decirse de la nueva

(31). M. Bloch, «*Comment et pourquoi finit l'esclavage antique*», *Mélanges historiques*, t.1, 1963; G. Duby, *La société...*, *op.cit.*; P. Bonnassie, *Cataluña mil años atrás (Siglos X-XI)*, trad. esp. Barcelona 1988 (1ra. ed. 1975-1976); J.P. Poly, *La Provence et la société féodale. 879-1166. Contribution a l'étude des structures dites féodales dans le Midi*, Poitiers 1976; Ecole Française de Rome del año 1978, donde se destaca el estudio del conjunto evolutivo de P. Bonnassie, «*Del Ródano a Galicia: génesis y modalidades del régimen feudal*», en R. Pastor (ed), *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XI)*, trad. esp. Barcelona 1984; Ch. Higounet, «*Structures sociales, 'castra' et castelanaux dans le Sud-Ouest aquitain (Xe-XIIIe siècles)*», en *Structures féodales et féodalisme dans l'occident méditerranéen, Xe-XIIIe siècles: bilan et perspectives de recherches*, Rome 1980; P. Cammarosono, «*Le strutture feudali nell'evoluzione dell'Occidente mediterraneo*», *Studi Medievali*, Spoleto 1981; P. Bonnassie, «*Survie et extinction du régime esclavagiste dans l'Occident du haut Moyen Age*», *Cahiers de Civilisation Médiévale* 28, 1985; J.M. Minguez, «*Ruptura social e implantación del feudalismo en el noroeste peninsular (siglos VIII-X)*», *Studia Historica Medieval III*, 1985; P. Tourbert, «*Castillos, señores y campesinos en Italia (siglos X-XII)*», en *Castillos...*, *op. cit.*; Chr. Wickham, *I problemi dell'incastellamento nell'Italia centrale: l'esempio di San Vincenzo al Volturno*, Firenze 1985; volumen colectivo del CNRS, *Les sociétés méridionales autour de l'an mil. Répertoire des sources et documents commentés*, Paris 1992, con los trabajos de C. Lauranson-Rosaz, *L'Auvergne*; M. Bourin-Derrau, «*Le Bas-Languedoc*»; M. Zimmermann, «*La Catalogne*»; B. Cursente, «*La Gascogne*»; R. Mussot-Gouliard, «*La Gascogne*»; J.-P. Poly, M. Aurell y D. Iogna-Prat, «*La Provence*»; F. Bange, «*L'ager et la villa: structures du paysage et du peuplement dans la région mâconnaise à la fin du Haute Moyen Age (IXe-XIIIe siècles)*», *Annales Ec. Soc. Civ.*, 39, 1984; R. Fossier, *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*, (2 vols.), trad. esp. Barcelona 1984; J.P. Poly y E. Bourmazel, *El cambio feudal (siglos X al XII)*, trad. esp. Barcelona 1983; G. Bois, *La mutation de l'an mil. Lornand, village mâconnais de l'Antiquité au féodalisme*, Paris 1989; A. Guerreau, «*Lornand au Xe siècle: histoire et fiction*», *Le Moyen Age* 3-4, 1990; A. Verhulst, «*The Decline of Slavery and the Economic Expansion of the Early Middle Ages*», *Past and*

ola de interpretaciones que busca en la controvertida tesis fiscalista reformular el entendimiento más clásico de la estructura económico-social alto-medieval ⁽³²⁾. Entre fines de los años setenta y principios de los ochenta, el llamado debate Brenner marca un nuevo hito en las discusiones sobre la transición del feudalismo al capitalismo ⁽³³⁾. En esta polémica, nuevamente asistimos al peso de tradiciones y prácticas propias del campo, tanto en lo que respecta a herencias interpretativas recibidas como a la fuerza de los elementos empíricos por bases informativas factuales o por contrastación de casos regionales.

Es deducible entonces, que el análisis estructural no estructuralista permanece vigente y acaparando la atención; preocupación que afirma la autonomía de la disciplina.

¿Crisis de la historia?

Los cambios en la historiografía son lentos y resultado de evoluciones intrínsecas. El conocimiento de la Edad Media se verifica como un largo proceso donde

Present 133, 1991; número especial de *Medievalia* 21, 1991, dedicado a la crítica de Bois. D. Barthelemy, «*La mutation féodale a-t-elle eu lieu? (Note critique)*», *Annales Ec. Soc. Civ.* 1992; T.N. Bisson, «*The «Feudal Revolution»*», *Past and Present* 142, 1994; J.G. Gouttebroze, «*Le duc, le comte et le peuple. Remarques sur une sédition des paysans en Normandie, autour de l'an mil*», *Le Moyen Age* 3-4, 1995; J.A. García de Cortázar, «*Yermo estratégico, encuadramiento social. Final de una sociedad de tipo antiguo en Castilla en los siglos VII a X*», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 28, 1995.

(32). J. Durliat, «*Le polyptyque d'Irminon et l'impôt pour l'armée*», *Bibliot. de l'Ecole des Chartes*, 141, 1983 y W. Goffart «*Old and new in merovingian taxation*», *Past and Present* 96, 1982. J.M. Salrach, «*Del estado romano a los reinos germánicos. En torno a las bases materiales del poder del estado en la antigüedad tardía y la alta edad media*», en *II Congreso de Estudios Medievales, De la Antigüedad al Medioevo. Siglos IV-VIII*, Fundación Sánchez Albornoz 1993. En oposición a esta tesis, Chr. Wickham, «*La chute de Rome n'aura pas lieu*», en *Le Moyen Age*, 1, 1993; M. Rouche, «*La fragmentación de las civilizaciones antiguas (finales del siglo IV-finales del siglo VII)*» en R. Fossier, *La Edad Media, t.1, La formación del mundo medieval 350-950*, Barcelona 1988; Idem, «*La crise de l'Europe dans la deuxième moitié du VIIe* mecanistas de la dialéctica de la naturaleza de Engels; L. Sève *intentó siècle*», *Annales ESC.*, 2, 1986.

(33) T.H. Aston y C.H.E. Philpin (eds), *op. cit.*

perduran más las continuidades que las rupturas, y en ello incide decididamente la forma de su reproducción académica. Es por esto que cuando se proclaman crisis de crecimiento y cambios de paradigma, sería conveniente discernir cuánto hay en ello de autovaloración de los nuevas camadas de historiadores que se legitiman descalificando a la generación precedente ignorando la naturaleza acumulativa del conocimiento ⁽³⁴⁾.

En sentido estricto, no existe una crisis generalizada de la ciencia de la historia sino un paulatino movimiento de superación del positivismo. La historiografía no está sujeta a una ruptura epistemológica en la actualidad, ni tampoco nada marca en el siglo XX un momento fundacional. Este carácter lentamente evolutivo se constata por el descubrimiento de historiadores muy antiguos que seguimos rescatando del olvido, como son los casos de Dopsh y Sombart. Los ejemplos que reducen drásticamente el carácter novedoso de los estudios actuales pueden multiplicarse. La antropología política fue tratada con maestría por M. Bloch y Kantorowicz en fechas tan lejanas como 1924 y 1957 respectivamente; el estudio de N. Elias sobre la antropología del cuerpo data de 1938; A. Gurievich indagó antropológicamente en las conductas sociales de la Alta Edad Media desde los años sesenta con una profundidad que hasta ahora parece no haber sido superada; en la misma época se publicaban las obras de J.L. Romero y J. Le Goff sobre una historia cultural de la sociedad medieval (y no una historia social de la cultura, algo que ahora se anuncia como primicia); hace ya veinte años que Geremek ha publicado su estudio sobre marginales en París ⁽³⁵⁾. A la luz de estas obras, pareciera que la creatividad actual es más modesta de

(34) Cfr., G. Noirel «*Pour une approche subjectiviste du social*»; *Annales ESC*, 6, 1989, p. 1451.

(35) M. Bloch, *Les rois thaumaturges*, Gallimard 1983; E. Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, trad. esp. Madrid 1985; N. Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, trad. esp. México 1979; A.J. Gurevic, *Le categorie della cultura medievale*, Torino 1983 (Moscú 1972); J. Le Goff, *La civilización del occidente medieval*, trad. esp. Barcelona 1969; J.L. Romero, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires 1967; B. Geremek, *Les marginaux parisiens aux XIVe et XVe siècles*, trad. franc. 1976.

lo que algunos colegas quisieran y el desarrollo de la disciplina sumamente perezoso, entre otras cosas, porque la indolencia teórica y el descriptivismo sin horizontes (en gran medida debido a las normas de reproducción académica) abarcan a una franja proporcionalmente estable del gremio.

De la misma manera en que no existió una ortodoxia conceptual dominante, tampoco hay ahora un estallido de individualidades eclécticas y brillantes que con luz propia se orientan en las tinieblas, sino linajes derivados de obras ejemplares. Como hemos observado, sobre la base de un eje documental los historiadores se han ejercitado desde hace mucho tiempo en tomar muy cómodamente distintos aportes del conocimiento teórico-sistemático subordinándolos a la prioridad factual. Tampoco existe una proliferación de tratamientos desmesuradamente superior al de otros momentos, por la limitación que impone la base documental, por la autoridad de las obras ejemplares, por un espectro temático que pareciera no ser infinito⁽³⁶⁾. La observación serial de multiplicidad de trabajos permite clasificarlos en un número limitado de casilleros, algo que puede afirmarse sobre temas como la revolución feudal, los concejos castellanos, la *mezzadria* italiana, la crisis de las rentas señoriales en la baja edad media, etc.

Gran parte de los problemas aquí discutidos, surgen de concebir a la historia como una parte indiferenciada de las ciencias sociales. El postulado del dominio de una ortodoxia estructuralista y la crisis subsiguiente responde a esta visión. Sin embargo, un análisis circunscripto impone constatar que la disciplina no se ha fusionado con una ciencia social generalizante, hecho que no niega el avance por colaboración interdisciplinaria. Aún cuando se tomen en préstamo visiones metodológicas, conceptos, o temas, cada disciplina está constituida por tradiciones específicas que condicionan sus mecanismos de reproducción. Es evidente que hay intentos

(36) Así por ejemplo, los estudios sobre la muerte, que se suponen como parte de la nueva micro-historia y de una sensibilidad hacia situaciones antes inexploradas, es un tema en el que se había incursionado a comienzos de los años cincuenta, *vid.* A. Tenenti, *La vie et la mort à travers l'art du XV siècle*, Paris 1952.

de anular esta especificidad, pero deberían entenderse como manipulaciones para destruir una tradición constituida: en la sociología histórica, la antropología histórica o la econometría retrospectiva, se opera un cambio de posición en el conocimiento, y es por ello que no son partes integrantes de la disciplina. Por el momento, una ciencia social (en singular), un lugar interdisciplinario neutro, es una utopía.

El traslado de los grandes esquemas de las ciencias sociales teóricas a la historiografía es un elemento extraño a ésta. En la práctica de los historiadores los análisis que destacan movimientos largos de la economía, los comportamientos de las clases, o las cualidades de la cultura, no son necesariamente contrapuestos, sino que pueden perfectamente constituirse como compatibles; esto era una creencia arraigada en los años setenta, cuando nadie pensaba que el estudio de la sublevación popular inglesa de 1381 se oponía a los análisis estructurales sobre la crisis del siglo XIV. Pero la traslación de argumentos extraños al campo historiográfico ha llevado a lamentables políticas maniqueas que excomulgan a los practicantes de formas de conocimiento que no se corresponden con las propias, circunstancia que al parecer, se traduce en algunos lugares como Francia en un estado beligerante. Ello se debe a la transposición mecánica de fórmulas absolutas (exclusión del sujeto, sujeto trascendental, etc.) extraídas de otros campos, a luchas institucionales, y por una sobrevaluación de las prácticas propias en las que se obtuvieron habilidades reconocidas y desconocimiento, o conocimiento no receptivo, de las ajenas. El resultado es que se han reemplazado los intercambios controversiales por descalificaciones cruzadas. Además, negarse a estimar la cualidad de un escrito en nombre de asociaciones escolares, es privarse innecesariamente de una posibilidad placentera, que abre el camino a la universalidad de la disciplina. La escuela misma (un entorno donde los historiadores comparten aficiones) esteriliza logros totalizantes. Este diagnóstico de situación no pretende concluir con un llamamiento a deponer las armas, sino a reorientarlas contra el empirismo sin teoría y la teoría sin empiria, para recoger integrativamente en nuevas síntesis

los aportes calificados que han estudiado los distintos momentos del despliegue de la totalidad.